

grosera costumbre de morderte las uñas; pero no basta esto, es necesario tenerlas bien limpias, bien cortadas y sin esos padrastrós tan comunes entre el populacho. Los extremos de ellas han de terminar en pequeños segmentos de círculo, cuya forma se les da fácilmente cortándolas con precaución. Siempre que te enjugares las manos empuja hacia abajo la piel que monta sobre las uñas para que no suba mucho y las acorte. El aseo del resto de tu persona, que contribuirá mucho para tu salud, debes encomendarlo á los baños tibios. Te diré sin rodeos, que tengo algunas sospechas de que estos avisos no te sean inútiles, porque cuando ibas á la escuela eras más desaliñado y desaseado que tus discípulos. Debo añadir otra advertencia, y es, que jamás te metas los dedos en las narices ni en las orejas, como lo hacen muchas gentes, lo cual es de lo más chocante y grosero en la sociedad, y asquea el estómago de todo el mundo; por mi parte, mejor querría ver el dedo de un hombre en la pretina que en la nariz. Lávate bien los oídos todas las mañanas y suénate siempre que lo necesites, pero sin llevar después los ojos á tu pañuelo. Los modales nobles de un caballero deben manifestarse en las acciones más pequeñas, como en las grandes. El buen sentido te enseñará algunas cosas y el resto la observación. Atiende particularmente á la compostura, á la dicción y á los movimientos de las personas de primera clase y fórmate sobre estos modelos. Por otra parte, observa las maneras del vulgo á fin de evitarlas; porque aunque las cosas que dice ó hace son quizá las mismas, la manera es enteramente diversa; y esto es precisamente lo que distingue á las personas de fina educación. El campesino más grosero habla, anda, viste, come y bebe de la misma suerte que las gentes bien educadas, pero lo hace de manera muy diferente; de modo que si tú obras á la inversa del vulgo, es más que probable que acertarás en cuanto hagas ó digas. En la grosería y vulgarismo hay sus grados como en todas las cosas. Las maneras de toga, aunque no sean enteramente las del mundo de primer orden, son mejores que las del común de los ciudadanos; éstas, aunque malas, lo son sin embargo menos que las del campo; mas el lenguaje, el aire, la compostura y los modales de la corte, son el verdadero modelo que debe servir de norma al hombre distinguido. *Ex pede Herculem*, es un dicho antiguo muy verdadero y aplicable al asunto presente; porque un hombre de prendas que ha frecuentado las cortes y la mejor sociedad, se distingue del vulgo en todas sus palabras, sus posturas, sus gesticulaciones y aun en sus miradas. No puedo dejar estas aparentes minuciosi-

dades sin recordarte la necesidad de trinchar bien, cuyo artículo, por insignificante que pueda parecer, es útil dos veces al día durante toda la vida, y el hacerlo mal es cosa incómoda para uno mismo, desagradable para los demás y á veces acarrea ridículo.

Después de haber hablado de todas estas menudencias, no puedo dejar de figurarme lo que diría algún personaje estúpido, ó algún pedante enclaustrado si leyese mi carta: mirarían esto con el más alto desprecio, diciendo que un padre debería elegir mejores asuntos de instrucción para su hijo. Convendría yo en ello, si no te hubiese ya dado ó no fueses capaz de recibir mejores avisos; pero si se ha tenido contigo todo el cuidado posible para formar tu corazón é ilustrar tu entendimiento, y con suceso á mi entender, responderé á esos sólidos talentos que estas nonadas, como ellos las creen, forman colectivamente aquel agradable *no sé qué*, que ellos no poseen y por lo tanto no pueden gustar en otros. La palabra *amable* es tan extraña en su lenguaje, como la cosa en sus modales. El gran uso del mundo, la grande atención y el gran deseo de agradar, pueden sólo proporcionar esto, que no es ciertamente una bagatela. La grosería y mala crianza de los jóvenes, viene de que muchos hombres de edad tratan estas cosas de bagatelas ó no piensan absolutamente en ellas. Los padres, con inexcusable indiferencia les dan la educación general de la escuela, de la universidad y de los viajes, sin examinar, y muy amenudo sin ser capaces de juzgar, los progresos que han hecho en estos diferentes teatros, si es que alguna vez fijan en ello la imaginación. Se regocijan indolentemente repitiendo que sus hijos se manejarán como los demás, y en efecto, así lo hacen, es decir, generalmente muy mal. No se toman ningún trabajo para corregir los hábitos pueriles y necios de la escuela, ni los pésimos modales de la universidad; ni el descaro frívolo y superficial, que por lo regular es lo único que aprenden en sus viajes. Como no les hablan nunca de sus defectos, nadie se atreve á hacerlo; de modo que se acostumbran á ellos sin oír decir que son chocantes é indecentes. Mil veces te lo he repetido: sólo un padre puede tomarse la libertad de reprender á un joven ya maduro, por esta clase de descuidos é impropiedades. La más íntima amistad, sin el socorro de la autoridad paternal, no puede autorizar tal franqueza; y yo puedo decir con verdad que eres feliz de hallar en mí un monitor perspicaz, sincero y cariñoso. Nada se me escapará; espiaré tus defectos á fin de corregirlos con tanto cuidado como si tratase de descubrir tus perfecciones, con

la mira de aplaudirlas y recompensarlas; con sólo esta diferencia, que proclamaré éstas y nunca mencionaré los otros sino en mis cartas á ti, ó en nuestras conversaciones privadas. Nunca te desconcertaré delante de las gentes, y espero que jamás me darás motivo para desconcertarme de ti, como sucedería por cualquiera de los defectos arriba mencionados. *Prætor non curat de minimis*, era una máxima de las leyes romanas, porque sólo las causas importantes eran juzgadas por los pretores, dejándose las inferiores á otras jurisdicciones menos considerables. Yo te juzgaré en los casos de importancia como un pretor, en los de segundo orden como un censor, y en los menores como el más ínfimo magistrado. Á Dios.

LONDRES, 29 de Noviembre de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Veó con gusto por tu carta del 12 que te hallas muy al corriente del estado de la marina de Francia en Tolón y del comercio de Marsella. Estos objetos merecen ser conocidos de cualquiera que se propone ser empleado en los negocios públicos.

Vamos ahora á otra parte de tu carta, y es la ortografía, si puede aplicarse este nombre á un pésimo deletreo. Escribes *enduce* en vez de *induce*; *grandure* en vez de *grandeur*, faltas que muy pocos de mis criados habrían cometido. Debo decirte que la ortografía, en el verdadero sentido de la palabra, es tan esencial para un literato ó un hombre de mundo, que una sola falta en la escritura ó en la pronunciación bastaría para derramar sobre ti un ridículo indeleble; yo conozco un hombre de calidad que nunca ha podido borrar la nota de haber escrito *wholesome* sin *w*.

Leyendo atentamente evitarás este defecto, porque los libros están siempre escritos según la ortografía del tiempo. Algunas palabras son ciertamente dudosas, y los autores más afamados las escriben de diferente manera, pero son pocas, y en semejante caso cada uno puede adoptar la ortografía que le parezca, y apoyarse en alguna autoridad literaria; mas cuando sólo hay una manera de escribir, como en las palabras que he mencionado, es sumamente ridículo separarse de lo establecido, y el hombre que cae en semejante falta no merece perdón. Aun una mujer de regular educación se reiría de un amante que le enviase un billete con faltas de ortografía. Temo y sospecho que te hayas ima-

ginado que la substancia de las cosas es el todo y la forma casi nada; si es así, desengáñate y convéncete de que en cualquiera materia la forma es tan importante como la substancia. Si te expresas con la razón de un ángel, pero con palabras inadecuadas y con una enunciación desagradable, nadie que pueda evitarlo te oirá dos veces. Si escribieses epístolas como las de Cicerón, pero con malos caracteres y sin ortografía, tu corresposal se reiría: y si tuvieses la figura de un Adonis pero con aire y gesticulaciones torpes, en vez de agradar disgustarías. Estudia pues la forma en todas las cosas si quieres hacerlas bien. Los informes que pediré á mis amigos en París tocante á ti, recaerán sobre el modo con que hagas lo que trajeres entre manos. No me tomaré el trabajo de indagar si entiendes á Demóstenes, Tácito ó el *jus publicum imperii*, sino que trataré de saber si tu modo de expresarte es agradable, tu estilo, no sólo puro, sino elegante; tus modales nobles y francos; tu aire y tu conversación interesantes; en suma, si eres un caballero, un hombre de tono y á propósito para la buena sociedad; porque hasta que no esté yo satisfecho de todos estos puntos, no hay necesidad de que nos veamos; me faltaría la paciencia. De ti depende alcanzar todas estas cosas mientras permaneces en París; consulta con Lady Hervey y Madama Monconseil sobre todas estas materias, y te hablarán y aconsejarán con franqueza. Diles que *bisogna compaire ancora* que eres enteramente nuevo en el mundo, que deseas formarte, y que les suplicas que te reprendan, adviertan y corrijan; que sabes que nadie puede hacerlo mejor que ellas, y que seguirás ciegamente sus consejos. Esto, unido á una observación exacta de los modales de las mejores compañías, te formará completamente.

El abate Guasco, que cuento en el número de mis amigos, te irá á ver tan pronto como sepa que has llegado á París; y siendo sujeto muy bien recibido en las mejores sociedades, te introducirá en ellas, porque se halla dispuesto á servirte y serte útil en cuanto pueda; además, es activo y curioso y puede instruirte en multitud de cosas. Está muy ligado con el Presidente Montesquieu para quien tienes una carta. Á Dios.

LONDRES, le 24 Décembre 1750.

MON CHER AMI.

Vous voilà à la fin Parisien, et il faut s'adresser à un Parisien en français. Vous voudrez bien aussi me répondre de même, parce que je serais bien aise de voir à quel point vous possédez l'élégance, la délicatesse et l'orthographe de cette langue, qui est devenue pour ainsi dire la langue universelle de l'Europe. On m'assure que vous la parlez fort bien, mais il y a bien et bien; et tel passera pour la bien parler hors de Paris, qui passerait lui-même à Paris pour *Gaulois*. Dans ce pays des modes, le langage même a la sienne, et qui change presque aussi souvent que celle des habits.

L'affecté, le précieux, le néologique, y sont trop à la mode aujourd'hui. Connaissez-les, remarquez-les et parlez-les même, à la bonne heure; mais ne vous en laissez pas infecter. L'esprit a aussi sa mode, et actuellement à Paris c'est la mode d'en avoir, en dépit même de Minerve. Tout le monde court après l'esprit, qui, par parenthèse, ne se laisse jamais attraper : s'il ne se présente pas, on a beau courir. Mais malheureusement pour ceux qui courent après, ils attrapent quelque chose, qu'ils prennent pour de l'esprit, et qu'ils donnent pour tel. C'est tout au plus la bonne fortune d'Ixion; c'est une vapeur qu'ils embrassent, au lieu de la déesse qu'ils poursuivent. De cette erreur résultent ces beaux sentiments qu'on n'a jamais sentis, ces pensées fausses que la nature n'a jamais produites, et ces expressions entortillées et obscures, que non seulement on n'entend point, mais qu'on ne peut pas même déchiffrer ni deviner. C'est de tous ces ingrédients que sont composés les deux tiers des nouveaux livres français qui paraissent.

C'est la nouvelle cuisine de Parnasse, où l'alambic travaille, au lieu du pot et de la broche, et où les quintessences et les extraits dominant. Le sel attique en est banni.

Il vous faudra bien de temps en temps manger de cette nouvelle cuisine, mais ne vous y laissez pas corrompre le goût; et quand vous voudrez donner à manger à votre tour, étudiez la bonne vieille cuisine du temps de Louis XIV. Il y avait alors des chefs admirables, comme Corneille, Boileau, Racine et La Fontaine. Tout ce qu'ils apprêtaient était simple, sain et solide. Sans méta-

phore, ne vous laissez pas éblouir par le faux brillant, la recherche, les antithèses à la mode; mais servez-vous de votre bon sens, et appelez les anciens à votre secours pour vous en garantir. D'un autre côté, ne vous moquez pas de ceux qui s'y sont laissés séduire, vous êtes encore trop jeune pour faire le critique, et pour vous ériger en vengeur sévère du bon sens lésé. Seulement ne vous laissez pas pervertir, mais ne songez pas à convertir les autres. Laissez-les jouir tranquillement de leurs erreurs dans le goût comme dans la religion. Le goût en France a eu, depuis un siècle et demi, bien du haut et du bas, aussi bien que la France même. Le bon goût commença seulement à se faire jour sous le règne, je ne dis pas de Louis XIII, mais du cardinal de Richelieu, et fut encore épuré sous celui de Louis XIV, grand roi, s'il n'était pas grand homme.

Corneille était le restaurateur du vrai, et le fondateur du théâtre français; se ressentant toujours un peu des *Concetti* des Italiens, et des *Agudezas* des Espagnols, témoin les épigrammes qu'il fait débiter à Chimène dans tout l'excès de sa douleur.

Mais avant son temps, les troubadours et les romanciers étaient autant de fous qui trouvaient des sots pour les admirer.

Vers la fin du règne du cardinal de Richelieu, et au commencement de celui de Louis XIV, l'hôtel de Rambouillet était le temple du goût, mais d'un goût pas tout à fait encore épuré. C'était plutôt un laboratoire d'esprit, où l'on donnait la torture au bon sens pour en tirer une essence subtile. Voiture y travaillait, et suait même à grosses gouttes pour faire de l'esprit; mais enfin Boileau et Molière fixèrent le goût du vrai, en dépit des Scudéry et des Calprenède, etc. Ils déconfirent et mirent en fuite les *Artamènes*, les *Jubas*, les *Orondates* et tous ces héros de romans, qui valaient pourtant chacun seul une armée. Ces fous cherchèrent dans les bibliothèques un asile qu'on leur refusa, et ils n'en trouvèrent que dans quelques ruelles. Je vous conseille pourtant de lire un tome de *Cléopâtre* ou un de *Clélie*, sans quoi il vous sera impossible de vous former une idée de ces extravagances, mais Dieu vous garde d'aller jusqu'au douzième!

Le goût resta pur et vrai pendant presque tout le règne de Louis XIV, et jusqu'à ce qu'un très-beau génie y donnât, sans le vouloir, quelque atteinte. C'était M. de Fontenelle, qui, avec tout l'esprit du monde et un grand savoir, sacrifiait peut-être un peu trop aux grâces, dont il était le nourrisson et l'élève favori. Admiré avec raison, on voulait l'imiter; mais malheureusement pour

l'auteur des *Pastorales*, de l'*Histoire des Oracles* et du *Théâtre Français*, il trouva moins d'imitateurs que le chevalier d'Her ne trouva de singes. Contrefait depuis par mille auteurs, il n'a pas été imité par un seul, que je sache.

A l'heure qu'il est, l'empire du vrai goût ne me paraît pas trop bien affermi en France. Il subsiste à la vérité; mais il est déchiré par les partis. Il y a le parti des petits-maitres, celui des caillettes, celui des auteurs fades, dont les ouvrages sont *verba et voces et præterea nihil*, et enfin un parti nombreux et fort d'auteurs à la mode, qui débitent dans un galimatias métaphysique leurs faux raffinements sur les mouvements et les sentiments de l'âme, du cœur et de l'esprit.

Ne vous en laissez pas imposer par la mode ni par des cliques que vous pourrez fréquenter; mais essayez de toutes ces différentes espèces avant que de les recevoir en paiement au coin du bon sens et de la raison, et soyez bien persuadé que rien n'est plus beau que le vrai. Tout brillant qui ne résulte pas de la solidité et de la pensée n'est qu'un faux brillant. Le mot italien sur le diamant est bien vrai à cet égard : *quanto più sodezza, tanto più splendore*.

Tout ceci n'empêche pas que vous ne deviez vous conformer extérieurement aux modes et aux tons des différentes compagnies où vous vous trouverez. Parlez épigrammes avec les petits-maitres, sentiments faux avec les caillettes, et galimatias avec les beaux-esprits par état. A la bonne heure : à votre âge, ce n'est pas à vous à donner le ton à la bonne compagnie; mais, au contraire, à le prendre. Examinez bien pourtant, et pesez tout cela en vous-même; distinguez bien le faux du vrai, et ne prenez pas le clinquant du Tasse pour l'or de Virgile.

Vous trouverez en même temps à Paris des auteurs et des compagnies très solides. Vous n'entendrez point des fadaïses, du précieux, du guindé, chez madame de Monconseil, ni aux hôtels de Matignon et de Coigny, où elle vous présentera. Le président de Montesquieu ne vous parlera pas pointes; son livre de *l'Esprit des Lois*, écrit en langue vulgaire, vous plaira et vous instruira également.

Comme je vous laisse sur votre bonne foi à Paris sans surveillant, je me flatte que vous n'abuserez pas de ma confiance. Je ne demande pas que vous soyez capucin; bien au contraire, je vous recommande les plaisirs; mais j'exige que ce soient les plaisirs d'un honnête homme. Ces plaisirs-là donnent du brillant au

caractère d'un jeune homme; mais la débauche avilit et dégrade. J'aurai des relations très vraies et détaillées de votre conduite, et selon ces relations je serai plus ou moins, ou point du tout à vous. Adieu.

P. S. Faufilez-vous autant que vous pourrez avec les ministres étrangers : c'est voyager en différents endroits sans changer de place.

TRADUCCIÓN DE LA CARTA ANTERIOR.

LONDRES, 24 de Diciembre de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Al fin eres ya un Parisiense y como á tal debo escribirte en francés. Espero que me contestarás en el mismo idioma para que pueda yo juzgar del grado en que posees la elegancia, la delicadeza y la ortografía de una lengua que en cierto modo ha llegado á ser universal en toda la Europa. Se me ha asegurado que la hablas muy bien, pero en esto hay su más y su menos, y el que fuera de París tenga fama de hablarla con perfección, pasará por Galo en aquella capital. En ese país de la moda, el idioma mismo tiene la suya, que cambia con la misma frecuencia que la de los vestidos.

La afectación de estilo, el refinamiento y el neologismo, están ahora muy en boga en París. Procura conocer esta diversidad de locuciones; obsérvalas y úsalas enhorabuena, pero no corrompas tu gusto con ellas. El ingenio también paga tributo á la moda, y actualmente es preciso tenerlo en París á despecho de Minerva. Todo el mundo corre tras él, que, por decirlo de paso, si no se presenta naturalmente y sin que lo soliciten, jamás se deja coger. Pero los que lo buscan, atrapan por su desgracia cierto qué sé yo, que toman por ingenio y lo venden por tal. Les sucede precisamente lo que á Ixión, que abrazó una nube en vez de la diosa á quien perseguía. De este error resultan esos bellos sentimientos que jamás se han experimentado, esos pensamientos falsos que la naturaleza nunca ha producido, y esas expresiones embrolladas y obscuras que no sólo no se comprenden, sino que ni se pueden descifrar ó adivinar. Las dos terceras partes de los libros franceses que salen ahora á luz, se componen de estos ingredientes. Tal es el nuevo arte de cocina del Parnaso; se emplea el alam-

bique en vez de la olla y el asador, abundan las quintas esencias y los extractos, y se proscriben la *sal ática*. Necesario te será comer de cuando en cuando algunos platos de esta nueva cocina, pero no permitas que corrompan tu gusto; y cuando quieras á tu vez obsequiar á los demás, estudia el excelente aunque viejo arte de sazonar del reinado de Luis XIV, en cuya época había cocineros admirables como Corneille, Boileau, Racine, La Fontaine, etc. Todo lo que ellos preparaban era simple, sano y sólido. Pero dejando la metáfora, no te dejes deslumbrar por el falso brillo, las expresiones buscadas ni los antítesis á la moda; para precaver te acude á tu propio buen sentido y á los autores antiguos. Por otro lado, no te burles de los que caen en semejantes errores; eres aún muy joven para aparecer como crítico ó como severo vengador de los derechos del buen sentido. Procura únicamente evitar el contagio, pero no intentes curar á los demás; deja que gocen tranquilamente de sus errores, tanto en materias de gusto como de religión. Durante el curso del último siglo y la mitad del presente, el gusto ha sufrido en Francia, del mismo modo que el reino, multitud de vicisitudes. Bajo el reinado, no diré de Luis XIII, sino del cardenal de Richelieu, comenzó á dejarse ver el buen gusto; se refinó bajo el de Luis XIV, gran rey, si no grande hombre. Corneille, aunque un poco inclinado á los *conceits* de los italianos, y á las *agudezas* de los españoles, como lo prueban los epigramas que pone en boca de Chimene cuando ésta se halla más afligida, fué el restaurador del verdadero gusto y el fundador del teatro francés. Antes que Corneille viviese, los autores ambulantes llamados trovadores ó romanceros, eran otros tantos locos que atraían la admiración de los necios. Hacia el fin del reinado del cardenal Richelieu, y al principio del de Luis XIV, el *hótel* de Rambouillet era el templo del buen gusto, pero de un gusto no enteramente depurado; era más bien un laboratorio de ingenio, en donde se aplicaba la tortura al buen sentido para extraer una esencia sutil. Allí fué donde Voiture trabajó empeñosa é incesantemente para crear ingenio, mas al fin Boileau y Molière fijaron el estandarte del verdadero gusto, á pesar de los Scudery, Calprenede, etc.: derrotaron y pusieron en fuga á los *Artemenes*, *Jubas*, *Oróndates*, y todos aquellos héroes de novela, con todo y valer un ejército cada uno de ellos. Estos locos buscaron en las bibliotecas un asilo que se les rehusó, y sólo lo encontraron en los modestos aposentos de algunos particulares. Te aconsejo sin embargo, que leas un tomo de *Cleopatra* y otro de *Clelia*, sin lo

cual sería imposible que te formases idea de estas extravagancias; pero Dios te preserve de ir hasta el duodécimo volumen.

Durante casi todo el reinado de Luis XIV, el verdadero gusto conservó su pureza, hasta que recibió alguna alteración, aunque sin designio, de un ingenio muy bello. Hablo de M. de Fontenelle que con el mayor talento y la instrucción más sólida, sacrificó tal vez demasiado á las gracias, quienes le habían criado y hécholo su favorito. Fué admirado con razón, y se trató de imitarle; pero desgraciadamente para el siglo, el autor de *las Pastorales*, de *la Historia de los Oráculos*, y de *del Teatro Francés*, encontró menos imitadores que mimos el caballero de Her. Remedado después por mil autores, no sé yo que haya sido imitado por uno solo.

Me parece que el asiento del verdadero gusto no se halla en el día bien establecido en Francia. Subsiste en verdad, pero despedazado por las facciones. Hay el partido de los petimetres, el de las bachilleras, el de los autores insípidos, cuyas obras son *verba et voces et præterea nihil*, y en fin, el partido numeroso y muy á la moda de escritores que por medio de una jerga metafísica discurren falsa y sutilmente sobre los movimientos y sentimientos del alma, del corazón y del espíritu. No te dejes dominar de la moda ni de ningún corrillo particular á que puedas asistir; ensaya la ley de estas diferentes monedas antes de recibirlas en pago. Deja que tu propia razón aprecie el valor de cada una de ellas, y persuádate de que nada es más hermoso que la verdad. Todo brillo que no dimana de la solidez y del pensamiento, no es más que falso resplandor. El dicho italiano sobre el diamante puede aplicarse muy bien al ingenio, *quanto più sodezza, tanto più splendore*. Todo esto no impide que te conformes exteriormente con la moda y tono de las diferentes sociedades á que asistas. Habla epigramas con los petimetres, sentimientos falsos con las bachilleras y greguería con los *beaux esprits* de profesión. De este modo querría yo que obrases, porque á tu edad no cae bien dar el tono sino recibirlo. Examina sin embargo, y pesa todo esto en tu alma; distingue bien lo falso de lo verdadero y no tomes el oropel del Tasso por el oro de Virgilio.

Hallarás al mismo tiempo en París sociedades de autores muy sólidos. No oirás en casa de madamas de Monconseil, Matignón y Coigny, conversaciones insignificantes, vagas y afectadas: M. de Montesquieu no te hablará en estilo epigramático; su *Espíritu de las Leyes*, escrito en lengua vulgar, te agradará al paso que te instruirá.

Como te dejo en París á tu buena fe y sin director, me lisonjeo de que no abusarás de mi confianza. No exijo que seas un capuchino; al contrario, te recomiendo las diversiones, pero requiero que sean las de un caballero. Tales recreaciones realzan el carácter de un joven; pero la relajación lo envilece y degrada. Tendré noticias muy ciertas y exactas de tu conducta, y con arreglo á ellas seré más ó menos tuyo, ó bien dejaré de serlo absolutamente. Á Dios.

P. D. Haz todo lo posible por colarte entre los ministros extranjeros, y si lo logras viajarás por diferentes países sin cambiar de lugar (a).

LONDRES, 3 de Enero de 1751.

MI QUERIDO AMIGO.

Por tu carta del 24 veo que tu vida parisiense ha comenzado bajo buenos auspicios; ya estás introducido en la buena compañía y espero que no te sumergirás en la mala. Frecuenta las casas en donde se te hubiere invitado una vez, y no muestres, como tus compatriotas, aquella fría reserva que siempre hace que se les

(a) 24 de Diciembre. El autor á Madama Du Bocage. Esta señora se distinguió por sus conocimientos literarios, y compuso el poema francés titulado *La Colombiade*.

Señora,

El joven Stanhope, pariente mío, de que tuve el honor de hablaros en Inglaterra, tendrá el de presentaros esta carta en París. No sé si este joven es digno de seros presentado, pero sé que todas las veces que tenga la honra de veros, llegará á ser más presentable. Si el talento se comunicara como las viruelas yo le procuraría una hermosa ocasión de tomarlas y de la mejor especie; pero él está muy seguro de que se adquieren insensiblemente las maneras y el tono de las personas con quienes se conversa. Por esta razón, Señora, permitid que de cuando en cuando os visite como amigo de vuestra casa, á las horas en que os fuere menos incómodo: hay ejemplos que valen más que todos los preceptos de mundo, y consejos más eficaces que las órdenes. Ya conoce y respeta, como todo el mundo, vuestra reputación; pero sin cumplimiento, valéis todavía más, lo cual conocerá él á medida que tenga el honor de conoceros personalmente. Os pido Señora, por favor, que no andéis con consideraciones ni con indulgencias para con él; no le paséis nada, ordenad soberanamente, y no obstante M. de Montesquieu, me atrevo á asegurar que su obediencia á semejante despotismo, no tendrá por principio el temor sino la elección.

considere como extranjeros, en donde, si quisiesen podrían ser acogidos con intimidad. En cualquiera parte que se te hicieren ofertas para cenar cuando te pareciere, admite con reserva el favor, y ve una que otra vez. Estoy seguro de que Lord Albermarle será muy bondadoso para contigo; pero sólo invita á comer en su casa, y se me ha dicho que los franceses no la frecuentan. Si gustare emplearte en su escritorio, que lo dudo mucho, debes tratar de escribir mejor de lo que acostumbras, so pena de desacreditarte por tu mala letra, que no es la de un hombre de estado ni de un caballero, sino más bien de un niño de escuela que escribe sus planas con esperanza de que no serán examinadas.

Madama de Monconseil se expresa muy ventajosamente de ti, como también el marqués de Matignón y madama du Bocage; los tres dicen que deseas agradar, y me aseguran que lo conseguirás; tienen razón, porque cualquiera que desea realmente agradar, y posee como tú los medios que para ello se requieren, alcanza su objeto infaliblemente, y adquiere aquel gran don que hace fáciles todas las demás cosas.

Siempre que te hallares con madamas de Monconseil, du Bocage ú otras mujeres de calidad con quienes tengas mediana confianza, diles con franqueza y naturalidad: *conozco poco el mundo, en el cual soy muy novicio; mis deseos de agradar son vehementes y espero que Vd. tendrá la bondad de comunicarme su secreto de agradar á todos. De este modo haré mi fortuna sin que por eso salga Vd. perjudicada, pues siempre le quedará más de lo que necesita.* Cuando en consecuencia de esta súplica te indicaren algún pequeño error ó impropiedad, no sólo debes experimentar, sino también expresarles el más vivo reconocimiento. Aunque la naturaleza sufra al principio con semejantes avisos, diles que mirarás la crítica más severa como la mayor prueba de su amistad. Madama du Bocage me escribe para que te lo repita, que *siempre recibirá con placer el honor de tus visitas; que es cierto que á tu edad el placer de la conversación es frío, pero que ella tratará de relacionarte con otros jóvenes etc.* Viviendo tan cerca de su casa, debes aprovechar esta ocasión y visitarla con frecuencia. Su marido me escribe que le será muy grato ir contigo á la comedia y que te indicará todo lo que merezca ser visto. Esta oferta oficiosa debe aceptarse, porque es hombre de gusto. Lady Hervey todavía no me ha escrito nada sobre ti; pero como me dices que ya has cenado con ella una vez, te considero como bien recibido; manifiéstale todos tus pequeños embarazos, consúltala en las dificultades que puedan ocurrirte y